



La F.A.O. estima que un país se llama subalimentado cuando reparte menos de 2.500 calorías por habitante y día.

En este caso se encuentra el 70 por ciento de la población mundial. Pero, además, un 24 por ciento no alcanza las 2.000 calorías.

EL HAMBRE DEL MUNDO

QUE es el hambre? Se está desarrollando en estos momentos con gran intensidad una Campaña Mundial contra el Hambre que tiende a penetrar la conciencia de nuestras sociedades alimentadas con la idea de que el hambre de los demás no pueda ser ajena. Hay una forma moral de examinar la cuestión, y hay también una forma material. La forma moral nos incita a la comprensión, a la compasión y, en el punto de las realizaciones, a la caridad. Esta actitud moral es la modificación de otra, tenida hasta ahora como válida, que partía de la noción de la lucha por la vida: puesto que en la tierra no hay suficiente para todos, los que hemos conquistado una posición superior debemos luchar por conservarla para nosotros y para nuestros descendientes, tratando, eso sí, de ayudar a los otros. De esta actitud partieron una serie de ideas justificativas de la situación de privilegio que equivalían prácticamente a una condena definitiva de los hambrientos: la noción de razas inferiores «menos preparadas para el trabajo», la adjudicación a climas determinados de no prestar

se al desarrollo, la idea de que muchas veces es más fácil ser feliz en la indigencia que en la opulencia —idea profundamente inscrita en el folklore, como el cuento de la «camisa del hombre feliz», los refranes del tipo de «el dinero no hace la felicidad», la filosofía de la «pureza del alma del salvaje», etc.—; estas ideas no solamente eran emitidas por los privilegiados, sino que resultaban aceptadas por los desvalidos, como una especie de manera de salvar sus propias responsabilidades: «puesto que la vida es así, puesto que ésta es nuestra raza y en este clima y en estas circunstancias hemos nacido, nosotros no somos responsables ante nosotros mismos ni ante nuestros hijos de esta situación». Es muy difícil juzgar con dureza esa actitud moral de los privilegiados y la pasividad moral de los afectados por el mal, porque no se disponía de otras ideas válidas y la noción de lucha por la vida —*struggle for life*— parecía definitiva e incluso se la tomaba como un elemento de progreso. Las nuevas técnicas y la nueva forma de considerar el mundo y sus habitantes producen ahora otra serie de ideas que han

E. HARO TEGGLEN

modificado principalmente la actitud de los no privilegiados: para éstos, la sensación de ser víctimas de un destino ineluctable que les condenaba al hambre ha desaparecido.

Además de esta noción moral —y no además, sino claramente imbricada en ella— hay una actitud material en la lucha contra el hambre. Al despojarse de sus cadenas de destino, la legión de los desfavorecidos irrumpe con una fuerza tremenda en la lucha por la vida: amenaza directamente con acabar con los privilegios seculares. Hay una guerra abierta. El sociólogo sueco Gunthar Myrdal, hablando ante una reciente reunión de la FAO (noviembre de 1965), explicaba que la tensión entre países ricos y países pobres había puesto al mundo *on a collision course*, en una carrera que debe llevarle inevitablemente a una situación de choque, a una situación de guerra. «Más que por una guerra atómica, el mundo está amenazado por la guerra del hambre». No es preciso buscar ejemplos difíciles para justifi- **SIGUE**

car esas frases de alarma. Todos los recientes movimientos de descolonización, en África y en Asia toda la peligrosa inestabilidad del tercer mundo, la inquietud de la India, la efervescencia en América hispánica son productos del hambre. La guerra del Vietnam no tiene más origen que el hambre del pueblo vietnamita —politizada posteriormente por la lucha comunismo-capitalismo—; el peligro de que esa guerra se desborde hacia una conflagración mundial demuestra hasta qué punto la agresión del hambre entraña un riesgo para todos. No es imposible que la modificación de las actitudes morales de nuestras sociedades alimentadas proceda directamente de la sensación de este peligro, de esta amenaza: de la necesidad de correr a apagar el incendio del hambre antes de que este incendio lo devore todo. Sensación especialmente aguda después de las luchas sociales en Europa durante los últimos siglos —a partir de la Revolución francesa—, en los que la agresión del hambre se planteó no con las características geográficas de ahora, sino como un problema de clases sociales, y esas luchas fueron ya un preludio a la situación actual.

PERO, ¿qué es el hambre? La pregunta parece obvia y no lo es. Incluso muchos de quienes la sufren y son sus víctimas lo ignoran, no saben que son hambrientos. Una cosa es el hambre aguda y otra es el hambre que más pudorosamente se llama subalimentación y que es probablemente la que causa mayores estragos sociales. Técnicamente se entiende que un país subalimentado es aquel que reparte menos de 2.500 calorías por habitante y día. La FAO, esto es, la Organización de Alimentación y Agricultura de la ONU, que en un principio estaba destinada al control de los mercados agrícolas mundiales y que rápidamente ha tenido que reconvertirse en un organismo de investigaciones, de ayuda técnica y de estudios del problema del hambre, estima que en ese caso se encuentra el 70 por 100 de la población mundial; más aún, que un 24 por 100 no alcanza las 2.000 calorías diarias. La descripción no es suficiente. En primer lugar, el reparto de calorías no es jamás equitativo. Pueden citarse ejemplos extremos, como el del Chad, donde mientras un sultán dispone de 15.000 calorías diarias, la mayoría de la población no alcanza las 950 (citado por G. Balandier, «Los países en vía de desarrollo», 1961). En segundo lugar, la disponibilidad de calorías no es regular, sino estacionaria. Por ejemplo, en los países agrícolas hay un aumento de calorías disponibles en las épocas de recolección y una disminución notable y paulatina el resto del año, de forma que precisamente cuando los trabajadores deben enfrentarse con el mayor esfuerzo es cuando sufren más del hambre (citado por Yves Lacoste, «Geografía del subdesarrollo», París, 1965). En tercer lugar, la repartición de calorías por grupos sociales es inversa a la necesidad: si un obrero manual requiere mayor número de calorías que un funcionario o que quien ejerce una profesión sedentaria, normalmente los mayores ingresos de este último le permiten, en cambio, disponer de mayor número de calorías (y esta situación sobrepasa los límites geográficos de los países subdesarrollados). Finalmente está la noción cualitativa de la alimentación. De una manera elemental puede definirse este problema de la siguiente forma: no todas las calorías son iguales. Puede haber un régimen alimenticio, copio-

so, que dé sensación de superalimentación y sin embargo estar falto de vitaminas, de sales minerales y, sobre todo, de proteínas animales. Los polos opuestos entre raciones alimenticias pueden situarse uno en Liberia, donde el reparto medio de calorías es de 1.500, y otro en Dinamarca, donde es de 3.500; pero esta proporción de 1 a 2,3 no es la real, puesto que en el consumo de proteínas la distancia que separa Liberia de Dinamarca es de 1 a 15 (ejemplo de Yves Lacoste). Las proteínas de los países mal alimentados no alcanza los 5 gramos por habitante y día; las de los países satisfechos son enormemente superiores (Nueva Zelanda, 70 gramos; Estados Unidos, 65; Francia, 45). La FAO señala que un 58 por 100 de la población mundial consume menos de 10 gramos de proteínas al día, mientras que un 17 por 100 consume más de 30 gramos (y puedo volver a repetir que se trata de cifras medias y que como en el caso de las calorías el reparto está afectado por la desigualdad y por la injusticia). Estos defectos cualitativos de la alimentación producen lo que los sociólogos llaman «el hambre oculta», fenómeno al que me refería anteriormente al decir que incluso muchos de los que pasan hambre lo ignoran.

El «hambre oculta» es una amenaza grave del mundo. Es probablemente menos agresiva que el hambre declarada desde un punto de vista político y social, puesto que quien la sufre lo ignora y no tiene estímulo para cambiar de situación —incluso se advierte una pérdida de apetito entre los hambrientos ocultos—; pero esta falta de estímulo le pone en situación indefensa, no trata de mejorar su régimen en proteínas, sales minerales, vitaminas y, sin embargo, se depauperan. Sociedades, países enteros, grupos laborales, ven sus facultades de producción disminuidas por el hambre oculta: sufren enfermedades, epidemias que atacan los sectores más vulnerables —principalmente, la infancia— y van muriendo de hambre sin saberlo.

ES imposible hablar del hambre del mundo sin por lo menos citar un fenómeno correlativo: el de la demografía. Al terminar el año 1965 el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos advirtió que la producción alimenticia del mundo había aumentado en un 1,5 por 100 sobre el año 1964, pero que al mismo tiempo la población mundial había crecido en un 2 por 100, de donde sucede que hay un nuevo déficit. Sin embargo, las cifras, examinadas de cerca, son más graves que de esta forma global. Aparte de que el Departamento de Agricultura incluye en el crecimiento de la producción algunos elementos que no son alimenticios —como el tabaco o el algodón— ocurre que hay una relación inversa entre las zonas donde crece la producción de alimentos y aquellas donde crece la población. Más claramente: el mayor aumento en las disponibilidades de alimentos corresponde a los países ya desarrollados —Europa, Estados Unidos, mundo comunista— mientras que el mayor aumento de población corresponde a los países subdesarrollados —Hispanoamérica, África, Asia—. Este es el fenómeno que los sociólogos denominan «agresión demográfica» (Fabre-Luce).

¿Por qué los hambrientos se multiplican más velozmente que los satisfechos? Se trata de una paradoja aparente puesto que en buena lógica deberían tener más hijos quie-

nes tienen medios para alimentarlos que los otros. Varias explicaciones tienden a aclarar esta paradoja. Es posible que la gratificación sexual pueda suponer una especie de compensación para quienes no tienen otras satisfacciones y que, en sentido inverso, la riqueza, al pansexualizar sus posesiones, al sensualizarlas, tenga menor interés genético. Es posible también creer que los privilegiados tienden a cerrar su círculo, a no dispersar sus herencias, a no perder, por extensión, de sus propias familias, o grupos, la intensidad de su riqueza. Puede suponerse también que los sectores no privilegiados tienen que defenderse contra la mortalidad que les afecta produciendo mayor número de miembros de sus sociedades. Además de estas explicaciones —psicoanalíticas, sociológica, naturalista— puede haber una explicación política: la necesidad de luchar contra las clases o las sociedades privilegiadas obliga a las subdesarrolladas a crear un arma especial, que es la de su número. El aumento numérico de los países subdesarrollados es hoy uno de los factores de lucha, quizá el primero, en la situación mundial: el mismo ejemplo de China —quizá 750 millones de habitantes—, a la que su demografía le hace suponerse invulnerable, está a la vista de todos. El examen de todas estas posibilidades excede de los límites de un artículo, pero creo que su enumeración es suficiente. Algunas frases de Gaston Bouthoul («La surpopulation», 1964) definen casi axiomáticamente el caso: «La aspiración a un mejor nivel de vida equivale a un aumento de la población. La superpoblación psicológica se suma a la superpoblación económica. La furiosa voluntad de cambiar de estilo de vida que inflama bruscamente cientos de millones de hombres equivale por sí sola a un aumento enorme y súbito de la población. En una palabra, la aspiración a la transformación de los niveles de vida equivale por sí sola a un aumento enorme y súbito de la población. Es una verdadera erupción de las necesidades».

DÉ qué forma combatir esta rebelión del hambre en nuestro tiempo? Hasta ahora había una fórmula: el fusil. Las armas del colono eran el fusil y el látigo. Esta forma de conquista estaba incluso revestida de valores morales. Todo ello ha caído en nuestro tiempo. El fusil y el látigo —y el cañón, y el avión y la bomba— han resultado impotentes, y los conceptos morales han variado totalmente. El mundo no perdona ya a un país agresor, y no le perdona, entre otras razones de ética superior, porque sabe que la agresión es inútil. El problema del hambre creciente no se domina por las armas. Se ha intentado, y se está intentando, una solución técnica. Una de las respuestas más comunes que se dieron a la teoría del abate maldito Malthus —y digo maldito porque aún muchos sectores le siguen considerando así—, que ya en el principio del siglo XIX denunciaba el problema, es esta: que el desarrollo de las técnicas puede ser suficiente para alimentar al creciente mundo del hambre. Sin embargo, ésta sigue siendo una esperanza para el futuro. Estamos asistiendo a un desarrollo técnico formidable, sin precedentes en la historia de la Humanidad; y a pesar de ello el crecimiento de la población hambrienta sigue siendo superior al del crecimiento de los alimentos, como lo demuestra el informe antes citado del Departamento de Agricultura de Estados Unidos.



Millones de seres mueren de hambre en la India. Actualmente la ración de arroz en el estado de Kérala es de 140 gramos diarios para todos sus habitantes.

Comienza al mismo tiempo a emitirse otra respuesta: el control de nacimientos. No deja de ser curioso que familias montales, grupos de pensamiento, tradicionalmente opuestos a este sistema, comiencen tímidamente a abrirse y a aceptar posibilidades de controlar la natalidad; el hecho de que esta apertura de clases tradicionalmente conservadoras e inmovilizadas comience a modificarse es, sin duda, algo más que una coincidencia con el de que las sociedades privilegiadas comiencen a sentirse directamente amenazadas por el crecimiento de las sociedades de hambrientos. Anotemos, de paso, que estos sectores han practicado siempre el control de nacimientos aunque de una manera inversa: los impuestos sobre la soltería, los fomentos a las familias numerosas, la ejemplarización literaria de los matrimonios con un gran número de hijos, ha supuesto siempre un control inverso de la natalidad, de una ética y de una moral tan dudosas como el otro: producir la vida por motivos económicos o cerrarle el paso por motivos igualmente económicos proceden de una actitud similar. Este control inverso procedía de la necesidad de aumentar la potencialidad de los países en mano de obra y en mano militar; la nueva maquinización del trabajo y la automatización de la guerra hacen ya innecesario este control inverso. Sin embargo, la aplicación de la limitación de natalidad puede ir en sentido contrario al buscado por las sociedades. Puede ocurrir que los diversos medios preconizados por quienes la admiten sean más fáciles de em-

plear por las sociedades desarrolladas —con mayor cultura y con mejores medios económicos— que por las subdesarrolladas; de donde el mundo privilegiado, además de sufrir una considerable subversión sexual, se vería aún más reducido frente a la progresión numérica del otro.

LA lucha global y colectiva contra el hambre es un factor nuevo, reciente. No es de extrañar que no esté aún perfectamente organizada. Muchas impurezas subsisten aún. Por ejemplo, la de la propaganda. Es indudable que algunos organismos de voluntarios, como el Cuerpo de la Paz, de los Estados Unidos o el Servicio Alemán de Desarrollo (República Federal), a pesar de la abnegación e incluso el de heroísmo de sus voluntarios, ofrece flancos políticos para el ataque y produce la desconfianza de las poblaciones. Lo mismo sucede con los grandes planes nacionales de ayuda emitidos por las principales potencias —URSS, Estados Unidos, Francia, Alemania...— que no pueden estar exentos para quien recibe sus beneficios de una especie de noción de «compra» de deseo de influencia, de intento de modificación de las estructuras internas del país. Se trata, ahora, de fundir todos estos esfuerzos nacionales en un gran esfuerzo internacional y, por lo tanto, no político. Numerosos organismos de la ONU —la FAO, la UNICEF, las Comisiones regionales para América Latina, Asia y Africa, el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, y algunos

organismos más— realizan un espléndido trabajo en ese sentido. Pero, ¿está la ONU lo suficientemente exenta de política como para presentarse limpiamente ante esos pueblos que requieren su ayuda? Es indudable que tiene una apariencia negativa y que la visible lucha de influencias que se desarrolla en sus principales organismos —el Consejo de Seguridad, la Asamblea General— la suelen presentar como muy contaminada. Aparte de eso, sus presupuestos son, aún hoy, insignificantes. Los grandes países dedican aún mucho más de sus presupuestos —infinitamente más— al desarrollo de los gastos militares —que por otra parte se les presentan como inevitables— que a la ayuda a los subdesarrollados.

Generalmente, el mundo acude a restañar sus problemas cuando es demasiado tarde; es decir, los hechos son más veloces que la imaginación política. Nuestra sociedad de hoy no se ha liberado de esa maldición. Sigue entregada a sus eternos problemas de competencias nacionales e ideológicas y fascinada por el terror atómico, y sin acudir a sofocar el incendio que se propaga. Sin embargo la clara toma de conciencia de la existencia del hambre, que la actual Campaña Mundial está propagando, debe considerarse como un elemento positivo, siempre que sus soluciones no se mitifiquen y se vaya directamente al núcleo del problema, que es la existencia del hambre y las maneras de atajarla.

E. H. G.

(Fotos Zardoya y Camera Press)